

la lucha; • les da las armas eficaces que les asegurarán la victoria y la perseverancia en el combate: gracias de luz, de aliento, de fortaleza, de perseverancia.

3º «*Por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones...*». Todo el pueblo cristiano invoca desde entonces y glorifica a Aquella tras de la cual Nuestro Señor ha querido ocultarse continuamente, así como la Serpiente se había escondido detrás de Eva para hacer caer a Adán: el cazador ha sido cazado. Se realiza así literalmente el dicho de Judit: Dios ha querido dar nuevamente la salvación por medio de una Mujer.

3º Aplicación a la situación actual de la Iglesia.

¿Nos será lícito aplicar la epopeya de Judit a nuestra Fraternidad, y a la situación actual de la Iglesia? Nos parece que sí, hallándose la Iglesia en un momento de extrema penuria y necesidad. En efecto:

- También hoy, como en la historia de Judit, el demonio se dirige a Jerusalén: desde el Concilio Vaticano II se le ha dado el poder de hacer la guerra contra los Santos y de vencerlos; esto es, se le ha permitido llegar hasta el lugar santo, la misma Iglesia, y de pisotearlo con toda clase de errores y de vicios.

- Pero al igual que entonces, encuentra en su camino una ciudadela fortificada, que le impide lograr (totalmente al menos) su objetivo: son los católicos decididos a guardar la Tradición, los sacerdotes y fieles de la Fraternidad San Pío X y demás obras que, como ella, quieren ser fieles al Templo, a la Misa, al Sacerdocio, a la vida cristiana, hasta la muerte.

- El demonio los asedia entonces para hacerlos perecer: los excomulga, los trata de desobedientes y cismáticos; les niega las iglesias que cede a los musulmanes, y pretende arrebatarles los medios que aseguran una vida cristiana y un aprovisionamiento espiritual: el sacerdocio católico, la santa Misa, los verdaderos sacramentos, las escuelas verdaderamente católicas.

- Y nosotros, cansados por lo largo del combate, nos sentimos tentados a hacer como Betulia: si Dios no nos socorre en cinco días, nos rendimos... La Virgen, entonces, como nueva Judit, nos sale al paso, reprende nuestra falta de confianza, y nos estimula a confiarle a Ella sola el combate: sólo Ella podrá socorrer a la Iglesia en momentos de tanta angustia y necesidad.

- Y Betulia, la Fraternidad, para confiarle a Ella ese combate, se consagra a Ella irrevocablemente: «*A ti recurrimos, Inmaculada Madre de Dios, en esta hora trágica de la humanidad, en esta tempestad sin precedentes que conmueve desde sus cimientos a la Iglesia...*».

A nosotros nos toca ahora vivir esta consagración total a Nuestra Señora, y bajo su égida, tomar las armas (doctrina, sacramentos, oración, buenas obras), pelear contra el enemigo (odiar el pecado y huir el mundo), y acudir continuamente a María Santísima a lo largo del combate.

Judit como figura de la Santísima Virgen María

Esta semana la Iglesia hace leer en el Breviario el libro de Judit, que nos cuenta la epopeya de esta santa heroína, que es una acabada figura de la Santísima Virgen María, especialmente en su lucha contra el demonio. Veamos, pues, brevemente la historia, y la aplicación que de ella podemos hacer a Nuestra Señora y a la situación actual de la Iglesia.

1º Historia de Judit.

Cuenta el libro de Judit que Asurbanipal, rey de Asiria, enorgullecido por la conquista de la Media, concibió el proyecto de someter a su dominación toda el Asia Occidental. Por ese motivo, envió a su generalísimo, Holofernes, con un ejército cuantioso, con el que, después de conquistar una parte del Asia Menor y toda la Siria, hizo los preparativos para invadir Palestina desde el Norte. Ante tal noticia los judíos, temiendo por Jerusalén y por el templo de Dios, organizaron prontamente la defensa del país bajo la dirección del Sumo Sacerdote Eliaquim: sin olvidar la oración y la penitencia, por las que el pueblo fiel esperaba atraer la protección de Dios, fortificaron las cimas de los montes altos y amurallaron las aldeas, especialmente una, Betulia, que era de paso obligado para Holofernes en su marcha hacia Jerusalén. Por este motivo Holofernes sitió la ciudad, impidió que se aprovisionase, y cortó todos los conductos de agua de que se abastecía; con lo cual los habitantes quedaron pronto reducidos a la miseria, y decidieron rendirse si la ciudad no era socorrida en el plazo de cinco días.

Al enterarse de ello Judit, mujer viuda, muy piadosa y de gran reputación en la ciudad, echó en cara a los principales de la localidad una tal desconfianza hacia Dios; y, segura de que Dios quería librar a la ciudad por mano suya, dedicó unos días a la oración, al ayuno y a la penitencia, invitando a todos los demás a hacer lo mismo. Al cabo de estos días se despojó de los vestidos de su viudez, se atavió con todo su ajuar (era una mujer de extremada belleza, y Dios se la acrecentó aún más para la realización de su propósito), y salió de la ciudad, simulando huir de Betulia ante el asedio de la ciudad. Los vigías asirios la apresaron apenas la vieron, y la condujeron ante Holofernes, su general, que al punto quedó prendado de su hermosura. Era lo que Judit pretendía y esperaba.

Cuatro días más tarde, Holofernes dio un festín a sus generales, y lleno de pasión por Judit, la invitó al banquete. Judit, viendo en todo ello la acción de la providencia, aceptó la invitación, razón por la cual Holofernes, lleno de contento, bebió hasta quedar profundamente embriagado. Acabada la cena, el sirviente del general dejó a solas a Judit con Holofernes; y aprovechando Judit ese momento en que Holofernes se hallaba dormido por la embriaguez, le cortó la cabeza con su propia espada, y saliendo discretamente del campamento volvió a la ciudad, donde mostró a todos los judíos atemorizados la cabeza del general asirio. Al día siguiente los asirios, viéndose sin su general, huyeron presa de pánico ante el ataque repentino de los judíos, que causaron un gran estrago en el campamento enemigo y volvieron colmados de botín. Libres ya del peligro, tanto la ciudad como el templo al que habían querido proteger, todo el pueblo colmaba de bendiciones a la que había expuesto su vida para librarlos de una catástrofe inminente. Ozías, príncipe de Israel, fue quien la alabó como sigue:

1º «Tú, gloria de Jerusalén; tú, alegría de Israel; tú, honra de nuestro pueblo».

2º «Bendita tú, hija del Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra. Y bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra, y te ha dirigido para aplastar la cabeza del jefe de nuestros enemigos».

3º «Y ha hecho hoy tu nombre tan célebre, que los hombres, al acordarse del poder del Señor, no cesarán nunca de alabarte, porque no has perdonado a tu vida al ver la angustia y la tribulación de tu pueblo, sino que lo has socorrido en presencia de nuestro Dios».

2º Judit, figura de Nuestra Señora.

Todos los Padres de la Iglesia han visto en Holofernes la figura del demonio y de su imperio, y en Judit la figura de Nuestra Señora y de su victoria contra el diablo; y aplican a la Santísima Virgen las palabras que se dicen de la virtuosa Judit: «Adonai, Señor, Dios grande y admirable, que has otorgado la salvación por medio de una mujer».

Para explicarlo, enseñan los Santos Padres que Dios decidió restaurar al hombre caído según el modo de una «venganza divina», procediendo en orden inverso a la prevaricación, y valiéndose de las mismas armas de que se valió Satán para hacer caer a Adán. Por eso:

• Al primer Adán, prevaricador, Dios opone un «nuevo Adán», Cristo Jesús: «Así como por la desobediencia de un hombre entró en pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así por la obediencia de un solo hombre, Jesucristo, entró en el mundo la gracia y la justificación que da la vida» (Rom. 5 12-17).

• Al árbol de la ciencia del bien y del mal opone Dios el árbol de la Cruz, «para que de donde salió la muerte, saliese la vida, y el que en un árbol venció, en un árbol fuese vencido, por Cristo Nuestro Señor», como reza el Prefacio de la Santa Cruz.

• Y a la primera Eva, instigadora del pecado, opone Dios una «Nueva Eva», María Santísima, colaboradora de Cristo en toda su obra redentora. Por donde resulta que

María debía ser al lado de Cristo, en orden a nuestra salvación, lo que Eva fue al lado de Adán, en orden a nuestra ruina.

Podemos ya entender cómo se aplica a Nuestra Señora la historia de Judit, viendo en ella una figura de la intervención de la Santísima Virgen en favor de su pueblo, la Iglesia católica, especialmente cuando se halla en momentos de extrema necesidad. En efecto:

• Al igual que Holofernes, el diablo, que no pudo impedir el misterio de la encarnación y de la redención del género humano, intenta impedir al menos la acción santificadora de la Iglesia. Por eso dirige sus tropas contra la Jerusalén Santa, la Iglesia católica, con el fin de destruirla.

• Pero encuentra un obstáculo, una ciudadela fortificada; pues a lo largo de los siglos, Dios ha suscitado almas decididas a defender los intereses de Dios y de la Iglesia: los Mártires de los primeros siglos, que defendieron la fe al precio de su vida; los Santos Padres y Doctores, que refutaron las herejías con que el diablo intentó deformar la enseñanza de la Iglesia; los Emperadores cristianos, que edificaron la sociedad sobre las leyes de Dios y de la Iglesia; las diversas Ordenes religiosas, que difundieron por doquier la santidad y las virtudes del Evangelio.

• El demonio procede entonces al asedio de las naciones cristianas, con el fin de cortarles todo suministro sobrenatural, y toda provisión de agua: con los distintos cismas, el Islam y especialmente el Protestantismo, intenta arrinconar los países católicos, a fin de dejarlos sin el alimento de la doctrina y de cortarles incluso la provisión de gracia por los sacramentos.

• En esos momentos la Iglesia se vuelve confiadamente hacia Nuestra Señora, que sale al paso de los desalientos de los hombres de Iglesia, los estimula a confiarle a Ella el combate, y socorre a la Iglesia en los momentos más desesperados y de mayor angustia: Efeso, Lepanto, Viena, Lourdes, Fátima, son sólo algunos ejemplos de este auxilio oportuno que la Iglesia recibe de Aquella que aplastó la cabeza de la Serpiente.

• Y la Iglesia, al igual que la ciudad de Betulia, liberada por fin de sus enemigos, honra a su Generala y Protectora con las mismas alabanzas que dirigieron a Judit los agradecidos judíos liberados:

1º «Bendita tú eres entre todas las mujeres...». Sí, la Iglesia reconoce que de María Santísima nos vienen todas las bendiciones y gracias celestiales, al revés de Eva, que nos atrajo la maldición. Ella, al igual que Judit, es la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, y la honra de nuestro pueblo.

2º «Enemistades pondré entre ti [la Serpiente] y la Mujer, entre tu descendencia y la suya; Ella te aplastará la cabeza...». Al igual que Judit, Nuestra Señora no dudó en entregar su alma y su vida por nosotros, en el Calvario, quedando íntimamente asociada a su Hijo en la obra de la Redención. Y no sólo eso, sino que luego ejerció el papel de Generala de los Ejércitos de Dios, dirigiendo el combate, y siendo para la Iglesia y para las almas lo que es un general para su ejército: • da a los jefes de la Iglesia las luces necesarias para descubrir las astucias de Satán y dirigir la batalla; • sostiene el ánimo de los combatientes, lanzando de nuevo sin cesar sus hijos a